

C. VENIDA PERSONAL DEL REY DEL CIELO

La «venida» del reino de Dios es *la venida del mismo Dios en persona como Rey*, no el deseo de unos valores impersonales. El Dios cuyo *reinado* en plenitud se desea es un Dios que «viene», un Padre que dirá: *¿Aquí estoy!*. El Apocalipsis lo llamará: «El que es, el que era y el que está a punto de llegar» (1, 4; 4, 8).

Los primeros cristianos eran conscientes de que esta «venida» salvífica del Padre como Rey coincidiría con la «venida» gloriosa de Jesucristo como Señor del universo (cf. Fil, 2, 10-11; Ef 1, 21-22; Col 1, 18;) y juez universal (cf. Mt 24, 26-28.29-31; 26, 64; Ap 1, 7,14,14-16). Por eso oraban diciendo: «Maraná tha» (1 Cor 16, 22) y «Ven, Señor Jesús» (Ap 22, 20 y v. 17). Ese era su «amén» a la palabra que el mismo Señor había hablado al corazón de la esposa: «Sí, estoy a punto de llegar» (Ap 22, 20).

Si la oración «Ven, Señor Jesús» es la súplica *fraterna* de los que «esperan con amor la venida gloriosa» de Jesús (2 Tim 4, 8), la oración «Venga tu reino» es la súplica filial de los que esperan con amor la venida gloriosa del Padre, que llegará como el «bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes, el Señor de los señores» (1 Tim 6,15). Y del mismo modo que somos hermanos de Cristo por ser hijos del Padre, así anhelamos con un mismo deseo un único y supremo acontecimiento: la venida gloriosa y triunfante del Padre y del Hijo.

«Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino». Una petición que expresa todas las riquezas vitales que se encierran en la invocación «Padre».



VENGA TU REINO

El deseo del orante es que Dios lleve a término la obra que comenzó en Cristo Jesús, que se haga realidad el *reino* de Dios, su *reinado* salvífico como soberano indiscutible.

A. EL REINO EVANGÉLICO, OBRA DE PODER Y SALVACIÓN

El deseo de que «venga el reino» del Padre es la expresión de una piedad filial nacida de la gracia evangélica y orientada a la plena realización de la obra del Padre en Cristo Jesús.

En la venida de este reino, según los sinópticos, Jesús ha querido centrar *el núcleo de su anuncio evangélico*: «*El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio*» (Mc 1, 14-15; cf. Mt 4, 17).

- Jesús anunciaba el evangelio del reino (Mt 4, 23; 9, 35; 24, 14; Lc 8, 1; cf. Lc 4, 43; 9, 2).

- Jesús era el «evangelio de Dios» (cf. Mc 1, 1)

- El *reino* -«evangelio de Dios»- *es el nombre propio de la salvación divina que Dios nos ofrece en Jesucristo*.

- En el A.T. el *reino* se realiza como obra divina de *poder* y de *bondad*. (Is 52, 7-10; Is 40, 9-11).

- El *reinado* de Dios será el de un pastor que reunirá y restaurará a su rebaño disperso y afligido (Mi 2,12-13; 4, 6-7; Jer 23,1-6; Ez 34).

El *reino* de Dios se hace universal y escatológico: el Señor en todo y sobre todos (Zac 14, 9; Tob 13, 2; Sal 22, 29; 45, 7; 103, 19; 145, 10-13)

El «reino de Dios» en el N. T. es también una obra de la *misericordia* y del *poder* de Dios: es una *victoria* de Dios que coincide con la *salvación* y la *redención* de su pueblo. Cuando Jesús proclama la llegada del «reino de Dios», está proclamando la buena noticia de la victoria de Dios sobre los poderes del mal (cf. Mt 12, 28; Lc 11, 20). Y este «evangelio» es el evangelio de la salvación que Dios ofrece a todos los hombres.

B. ORIENTACIÓN ESCATOLÓGICA DE ESTA SÚPLICA

«Venga tu reino», es la oración de un discípulo de Jesús, expresa la dinámica de un *instinto vital* que ha sido infundido en el orante como *gracia evangélica*: Dios está reinando ya en el corazón del hombre que desea de esa forma la *venida* de su reino. Se trata de un futuro que hunde sus raíces en el *presente*.

El «reino de Dios» se anuncia como una realidad ya *cercana* (Mc 1, 15; Mt 4, 17; Lc 10, 11); como una realidad ya *presente* (Lc 11, 20; 17, 20-21); y Jesús identifica la llegada de ese *reino* con el *ahora* de su propia *venida* personal (Cf. Mt 11,11-15). Otras veces el *reino* coincide con un estado de cosas que aún está *por venir* (cf. Mt 8, 11), con una serie de valores que se *heredarán* en un tiempo futuro (Mt 25, 34; cf. 1 Cor 6, 10), y más en concreto en el juicio final (Mc 9, 47; Mt 7, 21-23; Lc 22, 29-30).

El «Reino de Dios» se refiere *al futuro*. Si se ha hecho *cercano*, es porque «el tiempo se ha cumplido» (Mc 1, 15). La Buena Noticia de Cristo salvador, es el «reino de Dios» que predica Jesús, marca un *cambio decisivo de rumbo* en la historia de la salvación: ha llegado el *tiempo de la realización*, que pone fin al *tiempo de las promesas*. Es el anuncio evangélico del «*éschaton*», la plenitud final de los designios de Dios. Ese «*éschaton*» designa el *tiempo futuro* bajo dos aspectos complementarios:

- es el *futuro* respecto a un *pasado*, *tiempo de las promesas*. Bajo este aspecto, el «reino de Dios» engloba un *presente* ya en acto que coincide con el *evangelio de Cristo operante ya en la historia*. El «reino de Dios» una realidad ya *próxima o presente*, cuya dinámica se puede comparar a la de la *semilla* que germina, crece y madura (Mc 4, 26-29) o a la de la *levadura* que fermenta toda la masa (Mt 13,31-33).

- es el tiempo *futuro* en relación al *presente* evangélico, cuya futura perfección *en el cielo* está designando. El «reino de Dios» es un valor que está llamado a convertirse en realidad en el *último día*, cuando, una vez garantizada definitivamente la derrota de todos los poderes hostiles, Dios Padre reinará como soberano indiscutible y será «todo en todos» (cf. 1 Cor 15, 20-28).

«Padre, venga tu reino». Esta petición refleja, en un lenguaje vital de oración, esa doble dimensión del «reino de Dios».

El discípulo, que «ha creído en el evangelio» (Mc 1, 15) y que ha aceptado la soberanía de Dios, desea que esta *semilla* del reino *siga creciendo* y que esta *levadura* del reino *siga fermentando*. Deseo que el Padre, que ha comenzado ya a *reinar* en Cristo Jesús, *consolide* este *reino* evangélico. Entendida de esta manera, la petición «venga tu reino» está pidiendo desde lo hondo del corazón del creyente que se *siga extendiendo* por el mundo la Buena Noticia de Cristo salvador.

El anhelo más profundo del discípulo está orientado a la realización *plena y definitiva* de la soberanía del Padre. Que el Padre lleve a buen término la perfección celestial de su reino; que haga llegar el momento de su victoria total y definitiva. Cuando se trata de Dios y de su obra, la oración no se puede limitar al deseo de unas realizaciones parciales.